

## **Artículo. ¿Qué tan extraño es el extraño? Consideraciones de la otredad en Simmel, Sennett y Bauman**

Por Julia Hernández Gutiérrez\*

### **Resumen**

En este artículo se presenta un intento por rastrear distintas formas de concebir al “otro”, de acuerdo con la mirada de Georg Simmel, Richard Sennett y Zygmunt Bauman, y con sus descripciones de los lazos sociales en diferentes momentos. Si bien ninguno de ellos ha realizado propiamente una antología de la otredad, encontramos que, en su exposición sobre cómo se ha compuesto y fragmentado la sociedad, por lo regular aparece la figura del “nosotros” y del “otro”, siendo la distancia entre éstos un elemento crucial en la manera en que se configura la relación entre los individuos, el orden y el conflicto. Se proponen en el artículo algunas figuras de la otredad, siguiendo una cierta secuencia histórica; de cada una se discutirá qué papel se le destina al “otro” y qué tanta aceptación e inclusión se le permite.

**Palabras clave:** Otredad, exclusión, teoría sociológica, Simmel, Sennett, Bauman.

### **Abstract**

In this article it is presented an attempt to trace different ways to conceive “the other”, according to Georg Simmel, Richard Sennett and Zygmunt Bauman and considering their descriptions about social bonds in diverse moments. Even though they have not proposed an anthology of otherness, we find that in their exposition about how society is built and fragmented it frequently appears the position of “us” and “the other”, and the distance between them represents a crucial element to configure the relationship among individuals, characterized by the order and the conflict. We propose some roles that “the other”

---

\* Maestra en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Sede México. Actualmente es becaria de investigación en el Programa Interdisciplinario de Estudios de Género en el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. Correo electrónico: [juliahernandezg@yahoo.com](mailto:juliahernandezg@yahoo.com)

have taken, following certain historic sequence and describing each one in terms of what position is given to him or her and if they are accepted and included by “us”.

**Key Words:** Otherness, exclusion, social theory, Simmel, Sennett, Bauman.

## **¿QUÉ TAN EXTRAÑO ES EL EXTRAÑO? CONSIDERACIONES DE LA OTREDAD EN SIMMEL, SENNETT Y BAUMAN**

Lo ajeno, desconocido y lejano, como el opuesto necesario para establecer lo que es propio, conocido y próximo, nos hablan de la distancia que existe entre quiénes somos y qué hacemos “nosotros”, respecto a algunos “otros” que, sabemos, o por lo menos sospechamos, son distintos en su ser y hacer. La brecha entre el “nosotros” y el “ellos”, según lo que nos muestran autores como Georg Simmel, Richard Sennett y Zygmunt Bauman, ha cambiado a través de los últimos siglos, siendo fundamento de esta distancia el aspecto espacial, cultural, moral o material, entre otros elementos que permiten establecer fronteras. El que alguna vez estuvo lejos, entonces, pudo después estar más cerca que nunca y dejar de ser el “otro”, aunque de acuerdo con estos autores podemos observar que, a pesar de haberse configurado de diferentes maneras los límites entre “nosotros” y el “otro”, jamás ha dejado de existir alguna distinción entre la gente ni ha desaparecido por completo el sentimiento de lejanía entre algunos individuos.

Nos preguntamos, pues, qué tan extraño ha sido el extraño en diferentes momentos de la sociedad, según las reflexiones de los autores mencionados. Descubriremos algunas figuras que han ocupado el papel del “otro” en las relaciones comunales tradicionales, en las sociedades modernas y en el resurgimiento del espíritu comunitario en la época actual. La elección de las obras de tales autores para pensar la otredad se realizó, en un primer momento, con la intención de tener un panorama breve de lo que ha ocurrido, según la teoría sociológica, desde el comienzo de la urbanización, como lo describe Simmel (1986; 1998), hasta lo que sucede en la actualidad, de acuerdo con Sennett (2000; 2011) y Bauman (2006; 2008; 2009). Esperábamos encontrar en Simmel un relato sobre el pasado, para después dar el salto hasta la sociedad más “líquida” y ausente de certezas, con los otros autores; sin embargo, cada uno de estos tres teóricos propone un análisis de la sociedad que va mucho más allá del tiempo que le ha tocado vivir. Por tal motivo, en lugar de presentar el argumento sobre la otredad en cada uno de ellos y en

épocas particulares, dividiremos el presente ensayo en secciones que remiten a formas específicas de concebir al “extraño”, mismas que son retratadas o al menos sugeridas por los autores seleccionados. Reconocemos que existen muchos otros autores, no sólo en la sociología, sino en otras disciplinas, que han descrito y medido las distancias entre los individuos en diferentes periodos históricos; este trabajo busca ser, entonces, sólo un ejercicio de reflexión sobre aquello que nos une y nos separa de otros, partiendo de estos tres autores que otorgan tanta importancia a la comprensión de los límites que los individuos, las comunidades y las sociedades enteras han trazado para crear certidumbre.

Antes de comenzar propiamente con la tipología de extraños que encontramos en Simmel, Sennett y Bauman, cabe destacar la precisión que señala Olga Sabido (2009: 27) sobre que el “extraño” no remite a alguien específico, sino a una posición o condición particular respecto a un “nosotros”; entonces, así como la identidad y el sentimiento de cohesión y solidaridad se forjan a partir de reconocer la existencia del “otro”, así también el “otro” existe sólo cuando el “nosotros” le otorga este nombre. El extraño es, por su origen latín (*extraneus*), alguien que se ubica fuera y distante de uno (*Ibid.*); en este sentido, no es alguien de quien se desconoce por completo su existencia, así que no serían extraños los pueblos de América para los habitantes del Viejo Continente antes de aquél octubre de 1492 sino que, justamente, comenzaron a ser “los otros” al encontrarse por primera vez éstos y aquellos, al empezar a existir alguna relación entre ellos.

La sociedad moderna, como lo sugieren teóricos de la sociología tanto clásicos como contemporáneos, comienza a existir al tiempo en que fue posible el mantenimiento de una relación entre desconocidos (con quienes no compartían lazos de consanguinidad, de parentesco o de vecindad), en la cual se buscó reducir la incertidumbre que provocaba el comportamiento del extraño y, para ello, se establecieron pautas de acción con sentido compartido. En autores como Tönnies, Weber y Simmel se retrata el hecho de que, a diferencia de las sociedades tradicionales en las que había poca distancia entre las partes que las componían, las sociedades modernas se constituyeron sobre el reconocimiento de la diferencia entre la población, creando una articulación tal que permitiera distanciarse a unos de otros pero, a pesar de todo, convivir.

La acción es social, recalca Weber, sólo al ser referida a otro. En sus palabras: “Los otros pueden ser individualizados y conocidos o una pluralidad de individuos indeterminados y completamente desconocidos (el ‘dinero’, por ejemplo, significa un bien —de cambio— que el agente admite en el

tráfico porque su acción está orientada por la expectativa de que otros muchos, ahora indeterminados y desconocidos, estarán dispuestos a aceptarlo también, por su parte, en un cambio futuro)” (2004: 18). De ahí, entonces, que las sociedades hayan pasado de un completo alejamiento —del bárbaro o del forastero— hasta el entendimiento pactado —con los extraños con los que se convive de forma cotidiana—, transitando por episodios interminables de odio, indiferencia o empatía entre los diferentes individuos y grupos para mantener el orden social.

De inclusiones y exclusiones parece componerse la historia. Lealtad, confianza, traición, destierro remiten siempre a determinada noción de membresía y a lo que ésta niega. Proponemos adentrarnos en aquello que se diferencia o, más concretamente, en quienes son diferenciados, desterrados o excluidos del grupo para comprender, a través de ellos, algunos aspectos sobre de la transformación de los lazos que, uniendo y separando, han constituido la realidad social y sus reglas del juego.

### **El “otro” como extranjero**

Persiste en esta época, como en antaño, la categorización del “otro” como lejano a “nosotros”, espacial y culturalmente. Esta primera acepción del extraño, a pesar de permanecer en la actualidad, ha contenido diferentes peculiaridades según los vínculos con los que los locales se han relacionado con el extranjero en diferentes épocas. Georg Simmel (1986: 721) señala, por ejemplo, que la relación entre griegos y bárbaros estuvo sostenida por la idea de que estos últimos eran para los primeros una raza inferior, de ahí que mantuvieran una relación asimétrica y de rechazo hacia ellos. Atendiendo a la consideración de Sabido (2008: 101), denominaremos esta forma de considerar la otredad como “extranjería radical”.

Este tipo de extranjería implica, además de los rasgos físicos y de las pautas culturales distintas, cierta lejanía espacial; es decir, involucra la vinculación del “nosotros” a un territorio determinado, diferenciado del que ocupan los “otros”. Aun en pueblos nómadas, la distinción del “otro” suponía la falta de cohabitación con él. Simmel (1986: 661, 671-673) señala que, cuanto más primitiva es la mentalidad del grupo, la pertenencia al mismo se asociará más fuertemente a la copresencia física; la lejanía espacial, entonces, es indispensable en la extranjería radical; sin embargo, con la aparición de los

Estados-nación este elemento se ha vuelto relativamente más flexible, como es el caso de los inmigrantes que, aun cuando arriban a un nuevo país, pueden nunca perder su condición de extranjeros.

Con el aumento de la movilidad física y de la racionalización de la voluntad (recordando a Tönnies, 1947), la pertenencia a un grupo fue yendo más allá del elemento espacial y exigiendo, por ejemplo, el juramento de lealtad para ser considerado un miembro (Simmel, 1986: 734). El “otro-extranjero” ya no necesariamente era considerado inferior y se comienza, así, un vínculo más cercano con él. Como nos dice Simmel (*Ibid.*: 717-718), el extranjero puede dejar de representar una figura negativa para ocupar una posición privilegiada, por ejemplo, cuando se empezó a pensar que podía aportar una visión objetiva de las cosas y que se encontraba ajeno a los intereses de una sociedad determinada. Por esta consideración, según el autor, las sociedades se empezaron a abrir para que algunos extranjeros fungieran como mediadores (en tareas de comercio, por ejemplo) e interactuaran de manera imparcial en un contexto al que no pertenecían.

El extranjero, entonces, no era visto como inferior ni tampoco, en ese caso, como enemigo. No obstante, la extranjería, antes como ahora, ha mantenido alerta a las poblaciones locales y jamás se ha levantado por completo la condición sospechosa de aquellos “otros”. Cuando a las etnias minoritarias se les exigió “asimilarse o perecer”, en la configuración de los Estados-nación (Bauman, 2009: 89), representó un esfuerzo por convivir con el “otro”, aunque se le exigió que cada vez se pareciera más a “nosotros”, sin ofrecerle, a cambio, la erradicación completa de su estatus diferenciado y sin permitirle el goce pleno de los derechos del grupo dominante. El estigma, entonces, ha persistido en gran parte de las naciones, aunque en “la comunidad global” esta capacidad del Estado para decidir quién es el extraño y qué tan extraño es se ha ido perdiendo debido a que se han relativizado las nociones del “afuera” y el “adentro”, por lo que se ha dado lugar a que otros poderes, tales como los “mercados” o distintos organismos internacionales, sean más eficaces a la hora de determinar quiénes están incluidos y quiénes excluidos (Bauman, 2006:141-149). Los límites físicos y constitucionales se difuminan, se relativizan, para dar paso a nuevas formas de considerar lo extraño y de tratar con éste.

Simmel (1986: 735-740) destaca la existencia del espacio vacío que se trazaba entre los territorios de uno y otro pueblo, con el fin justamente de mantener distancia y como una especie de zona intermedia entre la paz y la guerra, entre la relación armónica y el conflicto latente. Así, entonces, con la mezcla de las poblaciones y la creación de las ciudades este espacio físico desaparece para dar paso al “espacio social”

requerido para constituir la sociedad. La diferencia entre individuos no desaparece al extinguirse la extranjería radical y, por tanto, sigue existiendo un “otro”.

### **El “otro” como desconocido**

De acuerdo con Sennett (2011: 68), en las ciudades han existido dos tipos de extraños: el foráneo o extranjero, del que hablamos en el apartado anterior, y el desconocido, respecto del cual no son tan claras las diferencias raciales o culturales pero con el que, según Tönnies (1947: 33), está ausente un vínculo de parentesco, vecindad o amistad. Los desconocidos fueron, en un primer momento, la burguesía emergente que aparecía como una nueva clase, aunque pronto se expandiría la condición del desconocido a muchos “otros”. Se comenzó a desconocer al individuo por su nombre, dado que sus apellidos dejaron de referir a lugares específicos; se desconoció poco a poco, también, al carpintero o al herrero, dado que su oficio ya no necesariamente había sido transmitido por su padre (Sennett, 2011: 80-81). Las relaciones se fundieron en el mar de la incertidumbre, para lo cual fue necesario el establecimiento de parámetros extra naturales de vinculación con el “otro” y, así, saber cómo relacionarse con este ciudadano anónimo.

Civilidad, en su correspondencia etimológica con la palabra “ciudad”, remite a la capacidad de relacionarse de manera correcta con extraños (Sennett, 2011: 325). Dado, entonces, que desde el siglo XVIII era frecuente el encuentro cotidiano con extraños, en ciudades cada vez más pobladas como París o Londres fueron requeridas ciertas normas de comportamiento que hicieron posible la relación con éstos en un marco de cierta armonía, pero sin pasar al conocimiento íntimo del “otro” (*Ibid.*: 78-83).

Para Simmel no es la intimidad ni la lucha el fundamento de la relación con el extraño, sino que es la antipatía existente entre la gente lo que posibilita el vínculo entre sí. Pareciera que este autor percibe, más que una tendencia o preferencia por las relaciones de proximidad, un estado de conflicto disfrazado entre los individuos o, como él lo llama, una “silenciosa aversión” y “repulsión mutua” (1998: 254).

El “otro-desconocido” es concebido como un “mal necesario”, alguien con quien es inevitable relacionarse dada la creciente división del trabajo de la sociedad moderna; además, resulta indispensable su compañía para forjar la propia personalidad (Sennett, 2011: 362-363) ya que, de mantenerse aislado,

se correrá el riesgo de actuar con ingenuidad en las relaciones con la gente y de ser incapaz de sobrevivir en la nueva “selva” de intereses y otredades.<sup>1</sup>

Sennett retoma de Erving Goffman algunos elementos de la visión dramática de las relaciones sociales y propone que en las ciudades la gente ha aprendido a adoptar cierta conducta para actuar en público, dejando clara la distinción entre lo que se pone en escena y la personalidad del yo. Entre una y otra cosa existe una “máscara”, indispensable para presentarse en público y desempeñar una actuación creíble en el encuentro con extraños, aunque no necesariamente falsa. Es “creíble” en la medida en que la relación de los individuos parece perder su elemento espontáneo y la gente requiere estar más pendiente de lo que el “otro” piense de uno, de lo que interprete de la acción que se ejecuta. Bajar la mirada al toparse con desconocidos en las banquetas, a pesar de parecer un hecho ingenuo, contiene cierta intención: señala al otro que uno no representa peligro, remarca la distancia entre los dos (2011: 367).

La acción referida a otros indica, entonces, que el extraño deja de ser tan extraño, dado que se apuesta a que pueda comprender nuestra acción y a que nosotros seremos capaces de entender la suya. Algo nos conecta, entonces, con este “otro-desconocido”; ya no es tan lejano como el extranjero de antaño, aquél que venía de otras tierras. Cada vez fue más posible entablar con el desconocido una relación con pautas compartidas, así fuera por el mero interés en el intercambio mercantil, por ejemplo.

### **El “otro” como cliente**

A pesar de que ninguno de los tres autores tratados en este ensayo menciona, de forma explícita, la concepción del “otro” como cliente, encontramos en sus reflexiones algunos elementos que nos sugieren que el parámetro para relacionarse con extraños, en algún momento, se sostuvo sobre todo por la necesidad de intercambio, existiendo escasos motivos para vincularse con ellos fuera del comercio.

Mencionamos con anterioridad que la tradición de heredar el oficio de generación en generación se fue debilitando. Esto ocurrió, de acuerdo con Sennett (2011: 80-81), a partir del siglo XVIII con el crecimiento de las ciudades, y se debió a que, dado el incremento de la oferta, continuar con el negocio familiar no era ya garantía, para el hijo, de la lealtad de los clientes ni de la ausencia de competidores. Tras la apelación al “hombre genérico” y a la reducción de las diferencias individuales a elementos superfluos,

después de la Revolución Francesa, se sostuvo la idea de que cada uno era capaz, de igual manera, de relacionarse con cualquier otro, con el fin del intercambio o por el mero mantenimiento del orden en la ciudad (Simmel, 1998: 273). Evidentemente esta supuesta igualdad se ha cuestionado una y otra vez después de aquella época; sin embargo, resulta interesante observar que, al establecerse la igualdad entre la gente, el extraño perdió un poco de su estatus anómalo, o al menos así se planteó desde la firma de la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, tras los reclamos del pueblo galo.

La otredad, hablando del intercambio mercantil, sólo puede manifestarse en el espacio público, así como hacerse explícita en la competencia entre unos y otros, en la innovación, en el regateo y en la negociación en general. Acompañada por el establecimiento de las equivalencias monetarias y por la determinación de un esquema temporal fijo, la diferencia de intereses entre particulares pudo ser asimilada y aprovechada (*Ibid.*: 251) y, así, al menos entre algunos, la relación pudo desarrollarse de igual a igual. El dinero y la capacidad de intercambio parecieron ser la condición que le quita al extraño, un poco, su cualidad de extraño, lo que motiva la vinculación con él, aunque con un claro mantenimiento de la distancia: no se trata, por ejemplo, de regalar la mercancía, sino de intercambiarla por algo de igual valor.

En la relación entre comprador y vendedor resulta útil e indispensable mirar al “otro”, relacionarse con él, aunque de manera fría y racional. El extraño puede dejar de ser tan extraño aunque esto no lo hace más digno de confianza; por el contrario, habrá que tenerlo más vigilado si se está compitiendo con él. Los judíos, por ejemplo, cuya vinculación con otros pueblos se debió en muchos casos al comercio, jamás dejaron de ser extranjeros en gran cantidad de ciudades (Simmel, 1986: 718). Aún persiste, entre pueblos y grupos diferentes, la resistencia a mezclarse completamente. La lucha y el enfrentamiento entre unos y otros jamás dejó de estar presente y la sospecha del “otro” nunca se extinguió, llegando a convertirse en sentimiento de inseguridad y miedo, justificaciones muchas veces para declarar la guerra.

### **El “otro” como enemigo**

Intuitivamente podríamos pensar que esta definición del “otro” puede ser la más antigua y, todavía, la más presente, a pesar de que se han establecido formas de mediar el conflicto. En las comunidades tradicionales, como ya mencionamos, el externo a “nosotros”, con el que no se compartía nada, era visto



como el extraño; sin embargo, en la sociedad moderna, los extraños pueden encontrarse dentro de la propia ciudad, pero cualquier intromisión o contacto no permitido puede considerarse un acto hostil (Tönnies, 1947: 65). Por fortuna, a pesar de la inagotable tendencia a mantenerse a la defensiva respecto del “otro”, no siempre ser extraño implica ser receptor de odio, desprecio y ataque, aunque en este apartado nos concentraremos en relaciones de rechazo al “otro”, sutiles o explícitas.

Menciona Simmel (1986: 721) que al ser las relaciones próximas y lejanas al mismo tiempo y al verse obligados a compartir pautas de conducta para el mantenimiento de la distancia, se acentúan inevitablemente entre los individuos los elementos no compartidos; es decir, las diferencias. Asimismo, se vuelve mayor la incertidumbre en el conocimiento íntimo del “otro” (Bauman, 2008: 28), con respecto a qué tanta confianza depositar en él o qué tanto mostrarle de uno mismo. A la par de la acentuación de las diferencias, se intensifica el deseo de mantener comunidad (Sennett, 1998: 145), sustentado muchas veces en el rechazo a algunos “otros” y en el interés de correr la menor cantidad de riesgos posibles en la relación con éstos.

Xenofobia, polarización y exclusión retratan muchas de las relaciones sociales vigentes en la actualidad. El fortalecimiento del sentido étnico, menciona Sennett (2011: 327), resulta uno de los ejemplos más frecuentes del actual deseo de constituir comunidades, dado que, como no se puede más que aspirar a establecer vínculos comunales “ficticios”, la cuestión racial parece ser el elemento más auténtico de distinción con otros, mucho más que, por ejemplo, la religión o la pertenencia a una nación.<sup>2</sup> La cuestión racial, además, podría interpretarse como la característica más difícil de asimilar en la constitución del Estado-nación y, por ende, es el estigma que puede persistir más que ningún otro; por tanto, explica este autor, es frecuente observar orgullos étnicos exacerbados en esta época, que han justificado, en algunos casos, manifestaciones violentas hacia los considerados diferentes.

Cuando faltan elementos para diferenciarse del “otro”, éstos suelen crearse para justificar las fronteras que nos separan (Bauman, 2008: 61-62). Este podría ser el caso de la diferencia de clases y de la exclusión por motivos materiales. El extraño, que ya no es tan extraño por su procedencia, su lengua o su cultura, sí lo es por sus posesiones, lo que parece ser argumento suficiente para la exclusión. Las condiciones económicas de la época actual pueden hacer que alguien, incapaz de competir por sus condiciones materiales, se vuelva “superfluo”; el extraño es, entonces, sobrante, prescindible, incapaz de participar en la división del trabajo como un igual con todos los demás. A este punto el desempleado,

dice Bauman (*Ibid.*: 15-16), se vuelve casi como un delincuente, alguien de quien hay que cuidarse, a quien hay que encerrar o desterrar.

El deseo de comunidad, de trazar barreras firmes contra el “otro-enemigo”, conlleva consecuencias peligrosas; según Sennett (2011: 329), entre más estrecha sea una comunidad, más destructiva se volverá con el no-miembro. Los foráneos deben ser evitados a toda costa y tal necesidad de defensa y de afirmación del “nosotros” ha incrementado el miedo (Bauman, 2008: 13-14) y la desconfianza al “otro”, cuestiones que desde épocas pasadas se han intentado manejar.

La crítica de Bauman (2009: 102) al discurso de la izquierda multiculturalista resulta atinada, desde nuestra perspectiva, dado que si se atiende sólo al reconocimiento y respeto de las diferencias religiosas o de preferencia sexual, por ejemplo, se podrá utilizar la misma colorida bandera para preservar otro tipo de diferencias, como las de tipo material entre la gente. Sugiere este autor que, por lo menos, seamos cautelosos al establecer pactos de solidaridad y respeto entre los distintos individuos y evitar concentrarse exclusivamente en las peculiaridades culturales, pues hay diferencias con las que no se puede actuar “como si” no existieran, como las que resultan de la desigualdad económica.

El incremento en las medidas de seguridad, la creación de fraccionamientos habitacionales cerrados, entre otras acciones, son ejemplo de esta necesidad desesperada de alejarse del “otro”, aunque también demuestra que sólo unos cuantos tienen las posibilidades reales de asegurarse contra el miedo al ataque y el temor a la incertidumbre; el resto de la población, los “otros”, son confinados a la salvaje urbe sin murallas, prohibiéndoseles salir de ahí (Bauman, 2008: 29-30).

Hasta aquí, entonces, algunos ejemplos de cómo el deseo de vivir en comunidad ha edificado barreras con el “otro”, mismas que, al menos por un tiempo, se tuvo la ilusión de haber eliminado, a partir del crecimiento de las grandes ciudades europeas en el siglo XVIII.<sup>3</sup> El “otro” en la ciudad, así se compartan con él elementos culturales, raciales y materiales, puede seguir siendo víctima de sospecha, sin embargo. David Le Breton (2007: 169; citado por Sabido, 2009: 54) propone que con la aparición del SIDA, cualquiera se vuelve sospechoso; consideramos, entonces, que el “otro”, de alguna u otra manera, no ha dejado de ser extraño, misterioso, o indigno de merecer nuestra total confianza.

Hasta aquí pareciera que la búsqueda de comunidad, para Bauman, se promueve sobre todo desde “arriba”; es decir, es consecuencia del deseo de las élites de desvincularse del “otro” y esto conlleva, a su vez, al deseo de los excluidos por forjar vínculos de resistencia con los que comparten su misma condición. Sennett, en cambio, observa en cualquier individuo un deseo intenso por volver más auténticas sus vinculaciones con el “otro”, por quitarse la máscara y aproximarse de nuevo a él, borrando las distancias. De cualquier manera, las consecuencias de esta situación son similares en ambos autores: se puede tender al fanatismo e, incluso, al fratricidio, al considerar a cualquier miembro de la comunidad como un posible traidor.

### **El prójimo como extraño en potencia**

Analizando a detalle la vida en las ciudades, Simmel (1998) pronosticaba un progresivo alejamiento de los individuos entre sí, en el aspecto íntimo, pues mencionaba que se establecía una relación calculada con los “otros”, como si fueran números. Casi un siglo después, Bauman y Sennett observan estos mismos fenómenos y analizan sus consecuencias, una de las cuales es la transformación del “otro” en la época contemporánea, cuando ni el conocimiento íntimo puede eximir al más próximo de ser considerado un extraño.

La fuerte necesidad de aproximarse al “otro” y mantener mayor cercanía con él, menciona Sennett (2011: 326), se ha convertido en un fin en sí mismo y en un bien moral, en detrimento del interés por lo público y por el mantenimiento de la civilidad que caracterizó el origen de las sociedades modernas. Vivimos en una época en la que parecíamos dispuestos a entregar el corazón (a unos cuantos) más que nunca antes, que se distingue de la etapa premoderna porque esta vez existe una voluntad más o menos racional de acercarse a algunos y de hacerlos partícipes de la propia individualidad. Aunado a esto, el temor a quien se encuentra fuera de la esfera íntima parece exacerbarse y, además, existe una urgente necesidad por distinguirse de la muchedumbre, de la masa anónima con quien, sin embargo, se comparten (se quiera o no) pautas, instituciones, costumbres culturales, infraestructura urbana, problemas climáticos, etc. Quizás porque se percibe que ahora se comparte demasiado con el “otro”, que nos parecemos demasiado a él, surge la necesidad de distinguirse, de convertirse uno mismo en el extraño para todos los demás y de sólo ser cercano para unos pocos, para una pequeña comunidad.

Se busca, entonces, la sociedad íntima, la proximidad (*Ibíd.*: 319-320); y se teme, cada vez más, a la impersonalidad. Se reinventa la comunidad y, tanto en el argumento de Sennett como en el de Bauman, parecen contar el gueto y las agrupaciones cerradas con gran aceptación de la sociedad. El apego al terruño, de igual forma, vuelve a ser importante. No obstante, estas características de la sociedad actual, así como el discurso multicultural, suelen tener aspectos positivos al igual que consecuencias negativas.

En la comunidad contemporánea, dadas las características artificiales de los lazos que la forjan, parece sentirse el peligro latente de extinción, lo que provoca que deba ponerse a prueba continuamente la identificación interna y la diferenciación con los de afuera, como menciona Sennett (2011: 327). Esta situación, como hemos mencionado ya, puede llevar al fanatismo en la comunidad y al rechazo radical hacia al extraño, aunque también, y con frecuencia, puede conducir a diversas manifestaciones de incivilidad.

Como mencionaba ya Georg Simmel (1986: 722-723), el automantenimiento de agrupaciones recientes exige un establecimiento muy estricto de las fronteras con el exterior y, así como lo hicieron los Estados emergentes al constituir las naciones, los miembros de las comunidades contemporáneas exigen a todos los integrantes asimilarse o, de lo contrario, mantenerse lejos. Existe una constante vigilancia entre miembros, con el fin de sostener a la comunidad, por lo que, en este sentido, cada integrante puede considerarse, simultáneamente, miembro y extraño; la confianza que se le deposita nunca parece ser total, por lo que pueden existir enemigos aun en el interior de las agrupaciones, traidores en potencia (Sennett, 2011: 382). Incluso Simmel (1986: 720) ya hablaba del sentimiento de extrañeza que pudiera aparecer entre dos enamorados al percatarse de que la pasión, en apariencia tan auténtica y tan suya, es la misma que puede existir entre otras tantas parejas; esto puede hacer que dejen de sentirse cercanos, cómplices.

¿Qué hacer, entonces, si se encuentra a un traidor en la comunidad? Simmel podría decirnos que en los tiempos en los que las relaciones humanas se vinculaban estrechamente con el espacio físico, la solución sería el destierro para aquellos que se consideraban extraños a la comunidad. Sennett habla del fratricidio, que puede llevarse a cabo en sentido literal en algunas agrupaciones pero que, también, puede traducirse en un progresivo alejamiento del “otro”, incluso de la familia que durante mucho tiempo fue el refugio contra las relaciones impersonales que predominaban en la esfera pública (2011: 223). El autoconfinamiento del individuo hacia sí mismo, la soledad y el narcisismo parecen ser el resultado, entonces, de tanta desconfianza.

En Bauman encontraríamos que la expectativa de traición del “otro” se debe a que, en el caso de los Estados-nación, su asimilación nunca se logró en la práctica, y en las sociedades contemporáneas en donde reinan las diferencias de todo tipo la tensión entre ajustarse al resto y ser excluido suele conducir a la “mixofobia” (2008: 33), al temor constante a la diferencia.

Si bien puede asimilarse un poco la tendencia reciente de comunitarismo a las sociedades tradicionales con menor división del trabajo, un suceso nunca antes experimentado aparece en las relaciones actuales entre la gente: la desconfianza y la solidaridad, históricamente antagónicas, se presentan simultáneamente dentro de las comunidades contemporáneas (Sennett, 2011: 382); el extraño no siempre deja de serlo, aún en la más íntima de las relaciones.

### **Consideraciones finales**

Tras haber expuesto algunas de las reflexiones de Simmel, Sennett y Bauman con respecto a la otredad, queda cierta sensación de que los individuos, desde el surgimiento de las primeras ciudades, nunca se han acostumbrado a vivir juntos. En la comunidad tradicional retratada por Tönnies (1947) pareciera que el extraño, una vez reconocido como tal por un grupo determinado, jamás dejaba de serlo. Hoy en día, en la sociedad contemporánea y en las comunidades que se erigen como tales dentro de ella, tampoco parece existir una asimilación real de las diferencias y, por mucho que se intente, el “otro”, el “diferente”, el “ajeno”, lo sigue siendo o, por lo menos, se sigue desconfiando de él. Quizás existió un tiempo, aquél del Estado de bienestar, en el que la movilidad social se promovió, al menos en discurso, y en el que se promocionó la igualdad en derechos de todos los individuos; para algunos, en aquel entonces existió al menos la ilusión de dejar de ser extraños.

Desde nuestra perspectiva, en las obras exploradas de los tres autores sí está presente cierta nostalgia y anhelo respecto de cómo deberían ser las cosas. En Bauman y en Sennett, se trata de nostalgia por aquel pasado que quizás nunca cumplió del todo lo que prometió pero que, al menos, lo intentó; nos referimos, en concreto, a la vida urbana y a la civilidad que la acompañó en sus inicios; a la esfera pública y a la ética republicana promovida en los ciudadanos. Para Bauman, la crítica que expone sobre la creación de tantas barreras entre la población sugiere que, para él, los individuos están dejando sus intentos por

convivir, y se encierran cada vez más en pequeños grupos en los que se sienten seguros. En Sennett, por su parte, observamos la crítica a la intimidad por ser tirana (2011: 413-416), por incitar a la exclusión e, incluso, al alejamiento entre sí de los miembros de una misma comunidad o agrupación. Lo que observamos en Simmel, en este sentido, no es nostalgia, sino respeto por la distancia social mantenida entre los individuos; por momentos pareciera tratarse de admiración por cómo la sociedad se ha sabido autoconstruir, partiendo del reconocimiento de las diferencias y del pacto de no transgredir los límites entre individuos.

El “extraño”, en estos autores, nunca ha dejado de serlo, aunque sí ha cambiado la distancia que se mantiene con él y, aun en la actualidad, persisten diferentes maneras de ser extraño para los demás. Vale la pena tener en cuenta que, además de las formas de concebir la otredad que mencionamos en este trabajo, existe el sentido de “anormal”, al cual alude Goffman (Sabido, 2009: 30-31), lo que nos sugiere mirar la discriminación por motivos de capacidades físicas o mentales (por ejemplo), así como cuestionarnos sobre la capacidad real de asimilación de las sociedades y sobre las oportunidades efectivas que tienen distintos individuos para ser integrados y dejar de ser “extraños”.

Para concluir, quisiéramos retomar la idea de Simmel sobre cómo el espacio vacío, territorio físico en un tiempo, se transformó en distancia social con el paso a la modernidad. Algo para separar a unos de otros siempre fue indispensable y aun hoy parece serlo, con el fin de posibilitar la convivencia pacífica. En palabras de este autor “[...] la indiferencia hacia el vecino es una simple medida de precaución, sin la cual, en la gran ciudad, se vería uno desquiciado y destrozado” (1986: 674). Resulta, entonces, necesario mantener algún tipo de contrato o pacto que asegure la distancia, aunque para algunos son más efectivas las murallas y las medidas tajantes de exclusión, dado que los individuos parecieran no desear vivir tan juntos y asemejarse tanto. Queda la pregunta abierta de si algún día, acaso, esto último será posible, y de si el extraño, alguna vez, dejará de serlo tanto.

## Notas

<sup>1</sup> Aquí nos resulta pertinente anotar que Hannah Arendt (1993: citado en Rabotnikof, 2005) señala la vinculación entre lo “privado” y la “privación”, entendida esta última como el estar limitado para la relación con los “otros” y la falta de reconocimiento de ellos. Entonces, los individuos que se mantienen en el espacio privado, se “privan” del aprendizaje que les pudiera proporcionar la esfera pública y la vinculación con el “otro”, a veces armónica, a veces conflictiva.

<sup>2</sup> Richard Sennett (2000; 2011) resulta particularmente escéptico ante la existencia de vínculos comunitarios auténticos. Entre más fuerte sea el orgullo por la comunidad a la que se pertenece, más sospechosa parece resultarle la situación.

<sup>3</sup> En la práctica, en el caso de la mayoría de los países de América Latina, las barreras de etnia, cultura, capacidad de intercambio material, etcétera, no parecen haber desaparecido ni ilusoriamente (quizás sólo en discurso), a pesar de haber adoptado de Occidente las recetas democráticas y de respeto a la dignidad humana.

## Referencias bibliográficas

Arendt, Hannah, 1993 [1958], *La condición humana*, Barcelona, Paidós.

Bauman, Zygmunt, 2009, *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, Madrid, Siglo XXI Editores.

Bauman, Zygmunt, 2008, *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*, Barcelona, Arcadia.

Bauman, Zygmunt, 2006, *La sociedad sitiada*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Le Breton, David, 2007, *Adiós al cuerpo. Una teoría del cuerpo en el extremo contemporáneo*, México, La cifra.

Rabotnikof, Nora, 2005, *En busca de un lugar común. El espacio público en la teoría política contemporánea*, México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Sabido, Olga, 2009, “El extraño”, en Emma León (ed.), *Los rostros del otro. Reconocimiento, invención y borramiento de la alteridad*, Barcelona, Anthropos, pp. 25-57.

Sabido, Olga, 2008, “Las afinidades electivas entre Max Weber y Georg Simmel. A propósito de una sociología del extraño”, en Luis E. Gómez (coord.), *Max Weber: obra, tiempo y actualidad*, México, Ediciones Quinto Sol, pp. 94-114.

Sennett, Richard, 2011, *El declive del hombre público*, Barcelona, Anagrama.

Sennett, Richard, 2000, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.

Simmel, Georg, 1998, *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona, Península.

Simmel, Georg, 1986 [1908], *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, núm. 2. Madrid, Alianza.

Tönnies, Ferdinand, 1947 [1887], *Comunidad y sociedad*, Buenos Aires, Losada.

Weber, Max, 2004 [1922], *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, Fondo de Cultura Económica.